

T. L. G. C. A. D. A.

Año I Número 13

LA CRUZADA

PÉRÍÓDICO POLÍTICO, DE LETRAS Y DEFENSOR DE LOS BULARES GENERALES

APARECE LOS JUEVES

Redactor en jefe: LUIS MIERRO

Suscripción por mes 6 60

LA CRUZADA

T. Trece, Diciembre 27 de 1900

Lo que es igual es lo mismo

El Sol se va extendiendo con rayos tristes besando tibiamente los átimos días del siglo que se apaga; que se hace confundido por la inevitable ley de lo inevitable y por la rigidez inflexible del verdadero por pertinaz, intangible y matemático que á todos mata y nunca muere.

Si el tiempo que es una lágrima que no existe apesar de su existencia, fuera un Dios de vida corporal y de alientos inmortales podríamos asegurarnos que riega con una lagrima el comienzo de cada centuria y despidé con una sonrisa las estaciones y los años de cada siglo. Pero el tiempo es la precisión de lo imposible que contrastaría con lo posible.

El segundo es el Átomo del mundo; el minuto es el suspiro de la hora; la hora la partícula del día; el día de la semana, á la semana suceden los meses, los meses encadenados forman el año, y los años, dando vertiginosamente en el eje de su vida forman el siglo, partícula perdida de la eternidad; minuto que oscila en el inmenso reloj de la existencia y que o deside su personaje su vida siquiera como el miserable segundo de la hora.

Los años, los siglos, los meses... forman la patria del Tiempo y constituyen el hogar en que viven las esperanzas, las ilusiones y el pensamiento, que son á su vez -como potencias sub-divididas- las patrias grandes de los corazones chicos. Todo pasa! Pasan las aguas de la mañana como un tiento suspiro de la tierra á dejar su corriente en el arroyo; el arroyo en el río y el río en el mar, porque la ley inconmovible del tributo hace girar la tierra en un órden natural.

Con las horas se van los días; con los días las semanas, y con las semanas el mes. Y pasan, y se confunden en las sombras de la nada para volver á vivir, para recordarnos el pasado y para mostrarnos el futuro. Las hijas del tiempo son danzantes vendadas que se complacen en mostrarse al discreto y carecido corazón del hombre todos los pesares del pasado y todas las angustias del mañana. Nada vive con vida permanente pues toda la existencia es un suspiro.

Miramos para atrás en el comienzo del nuevo siglo y las cruces reinosas del campo santo nos muestran nuestros muertos mas queridos, haciéndonos conocer que muchos de los que duermen el sueño eterno nos vieron á nosotros de paso por el siglo, cual si pasaran por una de las muchas aceras en la sombría ciudad de la existencia. Nos hacen comprender que todos caímos obedeciendo á la ley de lo inevitable como caían las flores blancas en la niebla, y caímos del estío; y nos dicen -con los brazos abiertos de sus madres- que tristos -que muchos de los que nos conocen no tendrán para nosotros un recuerdo en el imponente balancín que dan los hombres al borde de la tumba, y que á muchos de los que existen albergados por los egoismos de la vida, no rememoraremos nosotros cuando llegue la hora del sueno inmutable esperado por todos -y zo cobras pero también su

Eso pasa en la vida veloz del hombre y en la vida igualmente veloz de las generaciones. Se recorre un sendero que hay necesidad de recorrer; cada mirada que interrogá al infinito es la luz indecifrable de un palacio misterioso. De los que desfilaron en el sol y no ser de la vida dice la Historia su actuación heroica y luminosa, depravada y miserable; pero nadie, nadie nos dice si alguno en el sueño ultraterreno pudo llenar también las hojas de una historia, ó de una leyenda ó de un romance igualmente ultraterrenos.

Pasamos tan de prisa por el mundo que si restituimos en otra parte no sabremos explicar de donde vino ni de donde fuimos.

La vida del hombre es el retrato de la vida de los siglos. Algo se cumple y alguien desaparece de su vida antes de que vibre en el corazón el fulgor latido de la vida rotativa y tonto suspiro de la vida que se apaga. Los genios iluminan á sus siglos pero los genios sucumben; los mares se cambian; las ciudades se apagan y las pías y los pueblos y las razas se exterminan dentro de la caverna gruta de la nada ó dentro de los inmanejables predominios del tiempo. Pero algo queda de cada gente, como algo queda de cada pueblo y algo queda de cada mar. Tienen tales misterios la vida, que precisamente por ser misterio es que es vida.

Un hombre inocula la sangre á otro hombre y un siglo engendra á su sucesor. Conmovidos los cimientos de la humanidad con los catarratos quejidos de los fusiles franceses del año 89, dejó aquel con su agonía al siglo actual unas brisas que invitan para la libertad y una eternidad cargada de sangre. Extraño paralelismo de la vida que una siempre las partículas antagonistas para asolar á las edades del futuro con los hechos luminosos del heroísmo sublimado.

Contagiado el mundo entero por esa sed infinita que hace héroes y tribunos inmortales, á nuestra tierra le tocó su lote gigantesco en la distribución universal; y durante este siglo que fenece se alzaron en las cumbres de la patria, los guerreros que viven en su Historia con la vida bendita de los padres.

Estaba en el ambiente mundial el impregnó que deja á su paso el pecho que respira para maldecir la cadena que ve deshucha á sus pies; en el cielo se abrían las estrellas luminosas que siegen las espadas cuando cortan los hierros del esclavo, y en el alma de los hombres había sed, inmita sed de libertad. El aire estaba oxigenado de heroismos y en esta tierra que amaba el charúa como nadie sabe amar, nacieron -grandes en su gloria y grandes en el infarto- los Dioses que en este siglo gravaron á las zonas las fronteras de una nueva nación americana.

El sol de este siglo que doraba dulcemente los cabellos blancuecinos del gran Artigas el mismo sol que toso la frente del legendario y romancesco general Rivera. Es el sol de mis padres charraos que dieron y clividos sin marnel, sin cruces bajo las capas amigas de la tierra amada que ellos merecieron para nosotros, con la suprema e perfección que nuestras tumbas de hombres honrados contienen sus pobres tumbas de esclavos. Ese sol de destellos inmortales es el sol que iluminaba el broncado y noble semblante del criollo, cuando lo miraba con amor ganandole para el angulo superior de la bandera.

Al apagarse el siglo iluminado por tantos heroismos olvidados, levantemos el corazón hasta ese pasado cer-

cano en que no existían mas amores que los amores sublimes de la patria. Recordemos esa raza exterminada bravamente en defensa del suelo que nos dejaron para morir en el lazarillo de nuestros hijos y para clavar en él la carne del último hogón en el indeciso combate de la vida.

Y á la bandera de dos colores que va á recibir las caricias de los siglos, pidamos -como se pide á la Diosa Augusta- que no coja el sangre de orientales en las luchas fratricidas de la tierra. Que los unidos que los ate y que los lleve al sacrificio de la vida -fuera de nuestros muros nacionales- como fueron las hordas campesinas de Artigas siguiendo las irradiaciones de la invicta tricolor.

¡Que veas -patria amada- con la luz del nuevo siglo -el culto de tus amores inmortales en el pecho de los buenos Uruguayos!

NO SOLO PAN VIVE EL HOMBRE

En mi último artículo os decía, mis buenos y benevolos lectores, que á las sociedades y á los pueblos les eran tan indispensables las creencias, que jamás se habían constituido éstas ó aquellas sin esa base firme y duradera, única capaz de sostener el hermoso edificio de la civilización y del verdadero progreso. Pero os hablaba de creencias sólidas, de las creencias que trascienden esas tuertas que tienden á desterrar del mundo toda moral, y á resumir toda la dicha del horabre en el placer y el egocismo, enemigos declarados de la honestidad y la caridad.

En una palabra: os dije q' fuera de la Religión de Cristo, única verdadera, porque es la única que presenta pruebas, como lo ha dicho el santo Fontenele, no se puede concebir el bienestar ni el engrandecimiento moral de las naciones y de los pueblos. Y en efecto, ¿quién trazaría al hombre sus verdaderos deberes sociales fuera del Circulo de la Religión Católica? ¿Quién le señalaría los límites de sus derechos? ¿Quién le animaría á cumplir aquellas y á no sobreponerse á éstos? ¿Acaso la raza humana abandonada á sus propios recursos? ¡Qué error! No la veisteis cuando quisiste erguirse en legisladora y directora de los pueblos, destruir todo cuanto tocó con su hecha mano, sacar hasta los mas profundo gérmenes de moralidad, echar por tierra los cimientos del orden, trastornar las instituciones mas venidas que venían respectando los siglos, violar los derechos mas imprescriptibles, menoscabar los deberes mas sagrados, gritar contra la piedad, sancionar el despojo, y armada del hacha revolucionaria, derribar los tronos y los altares, hacer pedazos los cetros, incendiar los palacios, hacer rodar en los cardinales las testas coronadas, y tornar en as que rosas orgías las mas horribles conspiraciones contra Dios, contra los principes y contra la sociedad en sí. Y esa razón, cuyo imperio escrito en la historia en páginas de sangre hace extremar de espanto, se pretenderá que fuera suficiente para determinar los derechos y las obligaciones del hombre social? Eso sería como abandonar á un enfermo celante á sus insensatos caprichos; dejar en sus manos el tísico que debe matarla, y que se empeña en apagar á todo trance, creyendo acertar la poción saludable que le ha de curar, y decirle: tú te bastes á ti mismo, no necesitas de otro inédico que tu razón, pon en práctica sus inspiraciones, y vivirás.

Tal vez podrá llenar el objeto indicado la filosofía? ¡Ah! ¿Quién hay

que ignore su historia? Sin necesidad de remontarse al origen de esta escuela, ni reproducir aquí el cuadro repugnante de sus aberraciones y delirios en las sociedades primitivas, puede ocurrirle a nadie los estragos causados por ella en épocas no muy distante de la nuestra, y su funesta influencia en las sociedades modernas. Si en Roma coincidió la decadencia de la literatura, de las artes, de la ciencia de la civilización con el imperio de la filosofía, como no puede menos de confesarlo todo aquel

que haya estudiado la historia de ese gran pueblo, fallando manifestamente el oráculo de Platón que anunció una era de felicidad para las sociedades cuando éstas fuesen gobernadas por filósofos; ¡se ha verificado en estos fechas! en nuestros días, donde quiera que esa filosofía sia enemiga de la Religión Católica ha llegado a prevalecer y eregir en su legión la tira de las sociedades; y se hizo en el pasado siglo ese gran poder q' se anuncio como único principio civilizado de Europa? ¿Qué bienes nos ha legado en cambio de nuestra necia credulidad? ¡Ah! La filosofía del siglo XVIII, rompiendo con las tradiciones de lo pasado des, hoy es su bandera, y se vieron tantos deffectos como hombres, y otras tantas virtudes vanas de perfección social. Tembló el suelo francés, se convocaron los cimientos de la sociedad, y apareció el egolismo salvaje, q' éste en pie sobre la ruina de las familias, de los estados del género humano; Hollando la tierra piedad, la santa justicia, la dulce amistad, la voz de la sangre y de la patria. Por entre los sangrientos combates de una licencia desenfrenada, marchó la sociedad á una inevitable decadencia. En el siglo XIX no ha quedado medio que no haya tantoado la filosofía para mejorar la suerte de las diversas clases sociales . . . Sus autores como imprudentes navegantes engolfados en alta mar, han descuidado observar el único astro que podía fijar sus incertidumbres, y errante al capricho de los vientos, han logrado que sus sistemas se conviertan en juguetes de las olas, sin dejar siquiera á los naufragos un tablón para volver á tomar puerto.

Resultado práctico de todo lo dicho. Hubo una época en que una gran nación creyó poder desentenderse de la existencia del Ser Supremo, proclamó por Dios á la razón, evocó todos los poderes contra el Cristo, conjuró contra él los reyes, los príncipes y los pueblos, negó el Evangelio, despedazó las antiguas tradiciones, llamó infame al hijo del Eterno, y derribó de los altares en que venía adorándole desde el tiempo de Clodoveo, colgó en ellos la prostitución; y entonces aquella sociedad se hizo aca y se disolvió en lagos de sangre. Mal contenta en este primer ensayo, llamó en su auxilio la filosofía, ésta á su vez quiso probar que la doctrina católica era un invento humano, atacó de fren té sus principios, se burló de sus dogmas, negó la immortalidad del alma, sombró el mundo de libros pestilenciales en que bajo un barniz se lució, se daba á beber el sensualismo, el materialismo, y todas esas máscaras que tienden á hacer del hombre un autómata, ó un ser errado únicamente para gozar un día sobre la tierra, y perderse despues en el abismo de la nada; y entonces la sociedad sobre ateá, se hizo inmoral e incrédula.

Felizmente todos esos sistemas admirados en los días de vértigo no tardaron en morir de impotencia; esas teorías envueltas en un neologismo incomprendible, sucumbieron ante el buen sentido de los pueblos que desde luego reconocieron dónde debían basar las condiciones de su existencia social: la verdad recobró sus derechos; el error, aunque pudo deslumbrar momentáneamente algunas individualidades, no pudo encarnar en las entrañas de la generalidad y la lógica inflexible de los hechos, vino á demostrar que la sociedad bien así como el individuo, no vive solo de teorías y combinaciones paramétricas humanas, sino que nace ita de una doctrina verdadera q' sostenga y afirme sus relaciones con su primer principio y éste fin.

En el número siguiente demostraré de una manera acabada, que la Religión Católica tiene ampliamente esta necesidad, así como todas las demás de experimentar el corazón humano.

T.

1899 CAGANCHA 1900

La histórica batalla de Cagancha forma cuna de las glorias más encumbradas del pueblo Uruguayo, y de los lauros más inmateriales q' enguinaldó la frente inmaculada del invicto General Rivera.

En la tumultuosa época q' abarcó desde el año once al cincuenta y dos, época de nuestra emancipación, vemos su nombre ligado á todas las batallas por nuestra independencia, siempre grande, siempre noble, y siempre dispuesto á prestar á su patria el concurso valiosísimo de su denodada bravura, de su astucia insuperable y de su serenidad á toda prueba, que le conquistaron un puesto sobresaliente en el cuadro armónico que forman los luchadores del continente americano.

No es nuestro pensamiento al trazar estas líneas hacer su biografía, ni siquiera delinejar los contornos luminosos de aquella figura romancesca, porque para hacerlo, para escribir la vida del General Rivera hay que escribir la historia toda de nuestra Patria y no tenemos fuerzas ni conocimientos suficientes para ello, pero si, nos anima en esta fecha gloriosa un sentimiento legítimo y es admirar las proezas legendarias de aquel gladiador, incansable que durante cuarenta años luchara por la independencia uruguaya y cuya vida es una continua cadena de sacrificios y peripeyas por la libertad de nuestro pueblo; es rendir homenaje á aquel infatigable Obrero de la libertad de América, á aquel brazo de hierro de nuestras luchas emancipadoras, cuya bravura lo llevó á estrellarse con sus gauchos invencibles contra 1900 defensores de la ignorancia y sangrienta tiranía de Rosas en los memorables campos de Cagancha Departamento de San José.

Siete años hacia que el pueblo Argentino clamaba contra los opresivos avances del despotismo, y la horda que ahogaba en ríos de sangre los gritos de una nacionalidad que veía pisoteadas sus aspiraciones y conciliadas todo sus derechos, trabajaba de ensanchar las fronteras de la patria de San Martín hundiéndola en la codicia enemiga de su vecina, aquellas amargas y prietas.

El 13 de Junio de 1859, época en que desempeñaba el Gobierno de la República el Brigadier General Fructuoso Rivera cruzaba el Uruguay obedeciendo órdenes de don Juan M. de Itúras, don Pascual Esteban, gobernador de Entre Ríos, al mando de 4500 hombres, y siete meses más tarde, después de dos horas de lucha

LA CRUZADA

sante batallas era dominado completamente por un efecto que si faltaba número para medirlo, medianamente con el invasor, solitaria y valiente que rayaba en horizonte.

No tenían a espacio suficiente para detallar con todos sus parientes aquella importante batalla y las alternativas que se sucedieron durante la campaña heroica, fueron muchas.

Allí se encontraron rolando á su Jefe, como lo hicieran siempre tanto en horas de triunfo como de dolor, Venancio Flores el capitán generalmente ganador que más tarde recogiera de manos de aquel la herencia pura, conseguida á botas de lanza y guantes de sabie aquél atleta en cuyas venas corrían las entrañas de la sangre charrúa de Tabay y la leche de don Gonzalo de Ongz; el travo Águilar, aquél que en su quinto mundo á sus paisanos se sacaron el pancho porque en el otro mundo no hace frío; Nuñez la otra poderosa que su marcha desentendida arrugó lo que se pone á su alrededor; el puro Luna, Marcelino Sosa, cuya vida es estadio en las barricadas de la Batalla Central, y otros muchos. También formados en aquella legión de bravos, teniente Medina el brazo espuma que instauró obediendo idea de cosa y faltando á las leyes de la guerra de la conciencia articular en la Luctuosa tarde de febrero de 1851, subió el sol dorado de la Patria, muchas perdurable y de las más una triste recordación.

El General Riva y Villa, trillamativo y somero blanco sobre el que lucía una lupa al víspera herida en cruce, y montado en su avión recorrió de de centro de la línea, con su mirada de aguja, todo el ejército y dominaba todo el campo de combate.

El alto jefe del ejército nacionnal la mandaba Nuñez y fué él quien rióse la gloria de hacer proclamar la derrota, pues arrastrada completamente el ala enemiga que mandaba Urquiza, trató de proteger la derecha llegando allí en momentos en que con un valor temerario rechazaban la 14.ª carga a lanza de Servando Gómez.

Con aquellos indios que sentían por el una admiración que rayaba en indolencia, con aquellos mojes que en todas partes d' donde los lanza conducido habían triunfado y quedando una sola sculta a su sustitución de Corinto y simpatía por aquel guerrero terrible, proclamaron general en el mismo campo de la batalla, Nuñez entró en pelea con la fuerza desaterrada del huracán que no encuentra obstáculos ni barreas y el enemigo cedió al empuje irresistible de aquellas lanzas que besaban sangre para saciar su sed insatiable. En ese momento pre-dictó el teatro de la lucha variés grupos de soldados que condicionaron desmaterializar las fuerzas enemigas, que empezaron á retroceder.

Eran algunos dispersos del General Lavalleja, que debiendo hacer un movimiento de flanco á fin de tomar entre dos fuerzas al ejército oriental, según órdenes de Echagüe, no se preocupó de ello, no se sabe si por imprecisión ó por no creerlo necesario para el éxito de la jornada, y así el conveyo compuesto de chilenos, carabinas que se hallaban una legua á retaguardia del ejército y donde lo tué á la vez Madrid derrotado y hacéndole cruzar el campo de acción completamente deshecho y en desorden.

Desde ese momento ya no se dudó de los resultados de aquella batalla y mientras los carabineros de 1.º de Cazadores lanzaban al aire las armas de una diaria que este recibiera para trasladarla a todos los amantes de la Patria, y que el conveyo recretaría entre sencillas y prolongadas en los sevios y esfuerzos de la patria el General Riva que salió con su grupo que salió matar, hacía a su sombra la persecución hasta el Paso del Rey del San José, cosa legítima, y así adelante del campo donde estaba el ejército vecindario. El fue la punta de aquél dia y el fin de la invasión de Echagüe.

La batalla de Caggera no debió manarse como un hecho insignificante sino que debe figurar como de Caseros en las páginas de nuestra his-

toria, dependiente de aquello que hasta la Comisión y el Tribunal de Enjuiciamiento de Montevideo han de dictar, pero que sin duda es la gran victoria que obtuvo el Ejército Central en la batalla de Caggera, que en la noche de ayer se libró en el cerro de Montevideo contra los invasores de Uruguay, y que se sucedieron durante la campaña heroica, fueron muchas.

Allí se encontraron rolando á su Jefe, como lo hicieran siempre tanto en horas de triunfo como de dolor, Venancio Flores el capitán generalmente ganador que más tarde recogiera de manos de aquel la herencia pura, conseguida á botas de lanza y guantes de sabie aquél atleta en cuyas venas corrían las entrañas de la sangre charrúa de Tabay y la leche de don Gonzalo de Ongz; el travo Águilar, aquél que en su quinto mundo á sus paisanos se sacaron el pancho porque en el otro mundo no hace frío; Nuñez la otra poderosa que su marcha desentendida arrugó lo que se pone á su alrededor; el puro Luna, Marcelino Sosa, cuya vida es estadio en las barricadas de la Batalla Central, y otros muchos. También formados en aquella legión de bravos, teniente Medina el brazo espuma que instauró obediendo idea de cosa y faltando á las leyes de la guerra de la conciencia articular en la Luctuosa tarde de febrero de 1851, subió el sol dorado de la Patria, muchas perdurable y de las más una triste recordación.

El General Riva y Villa, trillamativo y somero blanco sobre el que lucía una lupa al víspera herida en cruce, y montado en su avión recorrió de de centro de la línea, con su mirada de aguja, todo el ejército y dominaba todo el campo de combate.

El alto jefe del ejército nacionnal la mandaba Nuñez y fué él quien rióse la gloria de hacer proclamar la derrota, pues arrastrada completamente el ala enemiga que mandaba Urquiza, trató de proteger la derecha llegando allí en momentos en que con un valor temerario rechazaban la 14.ª carga a lanza de Servando Gómez.

Con aquellos indios que sentían por el una admiración que rayaba en indolencia, con aquellos mojes que en todas partes d' donde los lanza conducido habían triunfado y quedando una sola sculta a su sustitución de Corinto y simpatía por aquel guerrero terrible, proclamaron general en el mismo campo de la batalla, Nuñez entró en pelea con la fuerza desaterrada del huracán que no encuentra obstáculos ni barreas y el enemigo cedió al empuje irresistible de aquellas lanzas que besaban sangre para saciar su sed insatiable. En ese momento pre-dictó el teatro de la lucha variés grupos de soldados que condicionaron desmaterializar las fuerzas enemigas, que empezaron á retroceder.

Eran algunos dispersos del General Lavalleja, que debiendo hacer un movimiento de flanco á fin de tomar entre dos fuerzas al ejército oriental, según órdenes de Echagüe, no se preocupó de ello, no se sabe si por imprecisión ó por no creerlo necesario para el éxito de la jornada, y así el conveyo compuesto de chilenos, carabinas que se hallaban una legua á retaguardia del ejército y donde lo tué á la vez Madrid derrotado y hacéndole cruzar el campo de acción completamente deshecho y en desorden.

El lance sangriento

Encuentrase Luis Hierro en el cerro de Gambaldela, situado entre dos ó cuatro personas, mirando rededor de una mesa, cuando entró Juan López manifestando lo que ocurría en la batalla. Hierro se levantó y hubo algunos momentos con López y logró escapar su asesino, en aquél momento entró Bartolozzi y le dijo: «Venga U. señor Hierro, que tengo que hablarle». Tomó asiento en su sillón Hierro y oyó lo que el juez se vestía. Luego se sentó en el escritorio del juzgado. Dijo: «Dame que bebo un poco», López, ya que no lo dejó sentado, tomó consuelo de los hechos que se sucedieron y prometió, y como cosa económica ha debido su presencia en la Cortece para ser sometido.

Ya en la oficina Hierro y á una conveniente distancia, le preguntó a Bartolozzi, qué es lo que se le ofreció a los que se le contestó: «Se me ofreció un yate con el revólver, en yate que tuvo que Hierro no se percató de lo que se le ofreció, ni acordó el trato».

Siel señ. Odrizola no está muy vinculado en la 7.ª sección, temporalmente en la oficina don Eusebio Odrizola, de quien se ocupa estima como desfavorablemente.

La comisión de la 7.ª

que se ha de dictar, parece que han de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

El señor Eusebio Odrizola, que es el juez de la 7.ª sección, se ha de dictar la Comisión de la Juventud.

Ayer fueron convocados a la última audiencia los restos de un varón de corta edad, nacido en el año 1890 en Tres de Febrero Francisco Herrera.

Acudió su hermano Juan, que era un apreciado vecino, desdichado una buena persona.

Por asuntos comerciales encabezó en la Villa el señor Joaquín Arribalzaga agente de la compañía de seguros contra la vida.

Elegante de rostro querido, lo enigmo. Antenor Olivera con su prima señora Rema Sosa, hicieron una buena espesada del siglo XIX para el apreciable vecino amigo de los Ceriales, donde tantas simpatías merece y tantas atenciones prodigaba un tronista corrionario el valiente mayor Juan Gregorio Sosa.

El lindo marchante de la población el Presbítero Willat, los señores Ricardo Hierro, Prudencio Tanco, Edmundo Olivera, Pedro Guzman, Félix y Nicolás Olivera, Francisco Malzone, Alvaro L. Kovacs e otros cuyos nombres no recordamos; las señoras Ignacia R. de Hierro, sus hijas Juana y María, la señora Adela E. de Van O, la señora Juana Olivera, y los caballeros Ricardo Hierro hijo, Hermilio Olivera, Basilio Tanco hijo, Alberto H. Fornes, Pedro Diogo, Andrés Gómez, Evaristo Acosta, Guillermo Tanco, Daniel Coronel, llegando igualmente de la Gratierez, el joven Hierro Director de LA CRUZADA.

Lo más selecto y granadado de aquél vecindario hizo acto de presencia en la ceremonia, que seató en la festa expiatoria y de la que no podemos hacer una crónica extensa como recordar nuestros de seo, porque no es una actividad efectuar tal intento.

La ceremonia civil se efectuó a las cuatro y media de la tarde, y sirviéndose enseguida un expedito banquete al que hicieron honor los concurridos amigos atendiendo por los dueños de casa y sus hijos.

A las nueve de la noche se celebró la imponente e romanza religiosa, dándose enseguida principio al másísimo baile, al que prestaron concurso un número incalculable de caballeros y un número igualmente incalculable de señoritas, entre las cuales hacemos la excepción de mencion a la simpática y candorosa hija Valentina de León y a la gallarda y distinguida Dominga Cabrera verdaderas flores predilectas de aquel jardín campesino.

A continuación publicamos la lista de regalos tomada a vuelta pluma en aquella fiesta que por su brillo y concurrencia puede oscurecer a todas las celebradas en campaña y a muchas de las que se efectúan entre nosotros.

El nuevo hogar que constituye nuestro muy querido amigo Antenor Olivera tendrá la felicidad entregada á su puerta, dadas sus condiciones austeras y caballerescas del novio y la belleza y ternura de la novia.

Que la luna de miel les conserve la eterna juventud, son nuestros deseos más íntimos.

LISTAS DE REGALOS

Juan G. Sosa un reloj de oro
Ricardo Hierro y señora un centro de mesa y una vinagreta de miquelet
Ana G. de Olivera un botón con paño de plata

Julia Olivera un par servilletas y un juego de agua

Julián Goyanga y señora un medio aderezo de oro

Felix Olivera y señora una vinagreta

Antonia M. de Sosa un alhajero

Hermilio Olivera un peinado fantasía

Griegera Sosa un alhajero

Petrona S. de Terra un centro de mesa con un juego de cubiertos

Nicolás Olivera una cigarrería y fajolera de plata y oro

Canturencia D. de Terra una polvera

Ismelda e Indamira Olivera un par violeteros

Canturencia S. de Cereminas un juego de agua

Jesela Olivera una lámpara

Justina Terra Correa su retrato

Mauricio Tanco un ejemplar papel de bronce

Hermenegildo Goyanga un juego gemelos

A través de la revista
Juana de la Pascualina, se
dice que ya no habrá más
Aurora, que es un personaje y
una lámpara

Pedro J. Hierro y señora un par de
aguas

L. M. Hierro una lámpara

Mariá Hierro una lámpara
Pascual Gómez una lámpara

Luis M. de Ferreyra un par de
aguas

Pedro Gómez una lámpara

Adolfo Hierro una lámpara
Bartolomé Hierro una lámpara

Mariá S. de Landa una lámpara
Adolfo Hierro una lámpara

Francisco Alfonso y señora un
juego de agua

Ricardo Hierro una cigarrería y
un centro de mesa

François Sosa una lámpara

Ricardo Hierro y señora Alberto H. Fornes
y Eva María H. Acto de un
atracadero y una granja

Domingo Acosta una lámpara

Julio Acosta una lámpara

Adolfo Granardella una lámpara

Felipe Terra una lámpara

François Sosa con estuche de perfumes
y una campana de mesa

Domingo Galván una lámpara

Pedro D. Sosa una jarra de cristal

Alfredo Hierro una lámpara

Juan Sosa un par violeteros

Ge. L. Acosta y señora una lámpara

Isidoro L. Arias una lámpara

Adolfo Hierro una lámpara

Ad

